

EL SECRETO
DE UN CRÍMEN

NOVELA ORIGINAL

D.^o PATROCINIO DE BIEDMA



PALMA
TIPOGRAFÍA CATÓLICA BALEAR
1886

EL SECRETO DE UN CRÍMEN

PARTE PRIMERA

UN ASESINATO

CAPÍTULO PRIMERO

I

Las doce acababan de dar, de una clara y helada noche de Enero, cuando en una de las callejuelas que recuerdan en Granada los ocho siglos de dominación agarena que sufrió la bella ciudad, oyóse el sonido áspero y chillón del pito de un sereno.

Atraídos por él, pronto resonaron otros, y algunos hombres envueltos en los tradicionales capotes y llevando en la mano un pequeño farol, rodearon á otro que les mi-

raba de una manera entre asustada y estúpida, pues podría haberse jurado que aquel hombre no se daba cuenta de lo que le sucedía.

—¿Qué hay? preguntó con voz bronca y vinosa uno de los que acababan de llegar.

—Este pájaro de cuenta que se descuelga por esas tapias con las manos y las ropas manchadas de sangre, y quiere sin duda hacerse el loco, no contestando á ninguna de mis preguntas, dijo, á guisa de explicacion el sereno que había pedido auxilio.

—¡Oh, oh! será preciso entrar en esa casa, observó uno.

—Lo que es preciso, contestó el que ántes había hablado, es ir á dar parte al juez de este barrio; ve tú, Juan, en tanto que nosotros guardamos á este angelito.

Un sereno partió á cumplir este mandato, y los otros, que rodeaban y estrechaban á aquel pobre hombre, como si se tratara de un loco furioso, formaron un grupo que se fué aumentando con los pacíficos vecinos de aquel barrio que volvían á sus casas, y adivinando en aquel extraño é inusitado ruido el principio de una historia, se detenían con fruicion, pues es cosa sabida que la cu-

riosidad del hombre encuentra sabroso pasto en la desdicha ajena.

—¿Qué sucede, tío Lucas? preguntó al sereno que había detenido á aquel hombre uno de los recién llegados, pequeño, regordetillo, con grandes narices rojas por el frío, cubiertas las orejas por un feísimo gorro negro que se escapaba por debajo del sombrero como si no quisiera perder tan bella ocasión de lucirse, y un enorme baston en la mano.

—No lo sé, señor D. Francisco, dijo el tío Lucas respetuosamente, dando á entender que se dirigía á un hombre de importancia, pues en las modulaciones de una voz que habla puede adivinarse el valor de la persona que escucha.

—Yo estaba aquí: continuó el sereno ufano de su importante papel de narrador y encantado de la atención con que se le escuchaba, sentado en aquella puerta, donde espero siempre á mi compañero para empezar nuestro paseo... pues, como iba diciendo, estaba solo, oí un ruido que me hizo levantar la cabeza, y ví á este hombre á caballo sobre la tapia; me mantuve inmóvil porque creí, señor, que se trataba de un

ance de amores; pero apenas el caballerito hubo puesto los pies en el suelo, dió á correr con tal brío, que á poco se me escapó...

—Pero ¡cál no señor! siguió el tío Lúcas, que respiró con fuerza como para tomar aliento, yo dije para mi capote: el que huye teme, y el que teme algo debe, corre, Lúcas, corre, y cumple con tu obligación, que no te pagan para que te duermas...

Corrí y le alcancé sin esfuerzo; es preciso confesar que el hombre se tambaleaba al andar como si hubiese bebido un vasito más de lo regular: y al sujetarle ví que sus manos y sus ropas están manchadas de sangre... entónces, he pedido auxilio y he avisado al juez.

—Ha hecho V. bien, tío Lúcas, ha hecho V. bien, murmuró cobardemente el hombrecillo de la nariz roja y el gorro negro, rebujándose en su capa como si la palabra sangre le hubiese dado escalofríos.

¡Qué tiempo! ¡Jesus!...

¡No vamos á poder salir de la calle!...

Y el tímido D. Francisco, al paso que se acercaba el tío Lúcas para resguardarse en su autoridad, decía con vocecita medrosa:

—¡Es una perdición la libertad! cada día vamos peor!

¡Ay! si el bueno de D. Francisco hubiese alcanzado nuestros gloriosos tiempos, él que se quejaba tan amargamente en 1845!...

¡A dónde hubieran llegado sus lamentaciones!...

El hombre que era objeto de la vigilancia del tío Lucas, se estremeció también al oír las últimas palabras del sereno, y murmuró con espanto:

—¡Sangre! ¡decís que tengo sangre!

No, no es verdad... yo me he engañado... dejadme volver...

Y con un brusco movimiento fué á romper aquella cadena viva que se estrechó para cerrarle el paso, como si cada uno de aquellos seres tuviese un interés particular en que aquel hombre fuese castigado.

A la verdad, ellos creían tener el derecho de presenciar el desenlace de aquel misterio, pues para ver escaparse á un hombre, no se resiste el hielo á pié firme durante una hora, en una callejuela.

Era una defraudación de las legítimas esperanzas de aquellas honradas gentes lo que se intentaba, y ellos que formaban par-

te de ese público, justo y serio que grita hoy: *¡Hosanna!*, y mañana: *¡Crucifícadle!* no podían permitirlo.

Eran una pequeña representación de la opinión pública, de esa *vindicta* susceptible y delicada que gusta de cuando en cuando de que le sean ofrecidos algunos sacrificios humanos, pues no se satisface con ménos.

El público del tío Lúcas estaba en su derecho ayudando á detener aquel hombre que era, sin duda, un ciudadano de esa república que se llama presidio, en la cual tenía su puesto natural.

Pero en el que hizo una impresion extraordinaria aquella tentativa, fué en el sereno, que, todo sofocado, y como si se tratase de robarle una presa conquistada á mucho coste, se colgó materialmente del brazo de aquel hombre, y le gritó con rabia y con ira:

—Eh! eh! caballero! creéis que es tan fácil escapar de mis manos!... ¡Compañeros. favor! Sujetar al asesino!...

—¡Yo asesino! ¡Yo! exclamó trémulo y asustado el preso, ¡este hombre está loco!

Y al decir esto erguía su alta y gentil estatura, y entreabría su capote para que

viesen, sin duda, que no se trataba de un hombre vulgar.

La llegada del juez y del escribano puso término á esta pequeña escena que comenzaba á divertir á los inofensivos vecinos.

—¿Qué sucede aquí? ¿Para qué se me hace venir? preguntó con un tono nada amable el juez, que parecía indignado de que en una noche tan fría se le despertase para correr aventuras.

El tío Lucas, orgulloso de su interesante papel en aquel pequeño drama, adelantó hacia el Juez, y, quitándose el sombrero, le espuso lo sucedido.

—¿A qué casa corresponden esas tapias? preguntó, siempre hosco, el desabrido funcionario de la ley.

—Al número ocho de la calle de C*** dijo uno de los serenos.

—Pues en marcha; vosotros me respondéis de este hombre, dijo el Juez dirigiéndose á los serenos, y ustedes, señores, tengan la bondad de acompañarnos para servir de testigos.

Los vecinos de aquel barrio que no deseaban otra cosa, siguieron muy ufanos á la triste comitiva que arrastraba consigo á un

hombre, desconocido de todos, y del cual, tristemente, se declaraban enemigos.

II

—Llamad con más fuerza, dijo el Juez al tío Lúcas al ver que nadie respondía en la casita marcada con el número 8.

El sereno levantó el pesado aldabon y otros tres golpes, más fuertes, más sonoros que los primeros resonaron en la desierta calle.

Antes que su vibración se hubiese extinguido, abrióse una ventana, y una voz soñolienta preguntó:

—¿Quién es?

—Abrid á la justicia, gritó el sereno con voz chillona.

—¡Jesus! Dios mio! exclamó detras de la ventana una voz cascada y dulce, ¡la justicia en mi casa! y ¿por qué?...

—¡Ya lo vereis! Abrid pronto, dijo secamente el Juez.

—Voy, voy señor, contestó asustada la mujer que habló primero.

Desapareció de la ventanilla, y momentos despues se oyó el rechinar de una llave en la cerradura.

La puerta se abrió, y los depositarios de la tranquilidad pública, penetraron en el oscuro portal.

En la escalera y teniendo en la mano una pequeña lámpara había una mujer anciana, asustada al parecer, pues se veía oscilar la luz de la lamparilla, como si temblase en la mano que la sostenía.

—¿Qué pasa en mi casa, señores? murmuró dirigiéndose á los que llegaban, en tanto que la mujer que abrió la puerta se hacía á un lado para dejarles pasar.

—Ahora lo veremos, señora, dijo el Juez inclinándose ligeramente, y dulcificando algun tanto la aspereza de su voz. ¿Vivís sola en esta casa?

—Con mi hija, y esta mujer que nos sirve.

—¿Y dónde está vuestra hija?

—Duerme, señor.

—Vamos á verla.

—Pero, Dios mio, ¿qué sucede aquí? ¿para qué se desea ver á mi hija? preguntó la anciana toda temblorosa.

—Sucedo que en esta casa se ha cometido un crimen: la prueba es este hombre, dijo el Juez, señalando, con esa brutal franqueza que acostumbran á usar las gentes de justicia en el desempeño de sus funciones legales, al hombre que llevaban prisionero.

La anciana miró á la persona que el Juez señalaba, y gritó, trémula, asustada, medio loca:

—¡Fermin! ¡eres tú! ¡Qué es esto, Dios mio!

Y la anciana, como si creyese que era juguete de un sueño, pasaba repetidas veces por su frente su mano blanca y arrugada, y miraba á todos lados con terror.

—¡Angeles! ¿Dónde está Angeles? preguntó ansiosamente el llamado Fermin.

—En su cuarto, murmuró vacilante ya la pobre anciana.

—Señora, interrumpió secamente el juez, no podemos perder tiempo, llevadnos al cuarto de vuestra hija.

La madre, presa ya de una angustia indecible, con el presentimiento de una desgracia, cruzó un estrecho pasillo, y fué á llamar á una puerta cerrada.

Nadie contestó.

—Volved á llamar, mandó el Juez

—Es inútil, murmuró tristemente Fermín.

—Señora, ¿no tiene este cuarto otra comunicacion? preguntó el Juez.

—Si, dijo la anciana con voz débil, pero acaso está cerrada tambien.

—Veámoslo.

La pobre mujer, como una sonámbula que no sabe por donde va, y que adelanta guiada por la costumbre, salió del corredor, y entró en una pequeña salita.

En un ángulo había una puerta disimulada con el papel que cubria las paredes.

La anciana, que temblaba ya de una manera convulsiva, empujó aquella puerta, que resistió débilmente y cedió al fin.

Antes que el Juez, el acusado, y aquel grupo de funcionarios y testigos hubiesen cruzado el dintel, un grito horrible, uno de esos gritos en que parece extalarse el alma y extinguirse la razon, se dejó oír. La anciana, que se había precipitado la primera en el cuarto de su hija, lo había lanzado.

—Levantad esos faroles, y adelante, dijo el Juez á los serenos.

Obedecieron estos, y la vaga luz, luz que

irradió en el fondo de aquel aposento, iluminó un cuadro tan recargado de tintas sombrías, que todos se detuvieron.

La anciana estaba echada sobre un blanco lecho que se alzaba en el centro, y, como si se hubiesen roto en ella de repente todos los resortes de la vida, y se hubiesen extinguidos los sentimientos de amor y sensibilidad, estaba allí inmóvil, fría, rígida, cual si su alma se hubiese petrificado por una maldición.

Sus ojos, que la edad ó el llanto habían empañado, brillaban de una manera ardiente y profunda, como si una chispa de odio, un reflejo de dolor y desesperación los iluminase.

Su blanca cabeza se había manchado de sangre al apoyarse en el lecho.

Semejaba una de esas ramas nevadas en la que el pájaro herido ha buscado un apoyo, salpicando de rubíes, al sacudir sus plumas su blanca envoltura.

Sus manos crispadas, estrujaban con fuerza las ropas de la cama, cual si pensase destrozar así un enemigo invisible.

Aquellos hombres ávidos de curiosidad, se detuvieron como encadenados por una

fuerza superior; el juez mismo, tan impasible siempre, tan acostumbrado á esos lúgubres dramas que se desarrollan en el misterio con detalles horribles, llevó una mano á sus ojos, como para no ver aquella dolorosa escena.

Fermin fijaba una mirada de loco en aquel lecho sobre el cual había una mujer asesinada.

En aquel instante de sorpresa no se ocuparon de él, y pudo adelantar hasta el lecho; miró fijamente el cadáver y estendió su mano sobre él:

— ¡Angeles, dijo con acento solemne, yo te bendigo, y te juro, sobre mi alma y sobre mi honor, vengarte en tu asesino!...

Este horrible juramento llenó de espanto á todos los circunstantes.

Al formularlo Fermin no era ya el insensato que duda, que tiembla y que vacila.

Su voz era firme y grave; sus grandes ojos negros irradiaban una mirada poderosa, una mirada de leon irritado que se dispone á luchar.

Al eco de aquella voz la anciana se irguió; pareció despertar de un sueño fatal: pasó repetidas veces su mano por sus ojos,

como si quisiera arrancar una sombra que ante ellos se estendiese, y al ver á Fermin, que besaba de rodillas una blanca y helada mano que caía entre las ropas del lecho, gritó con un poderoso esfuerzo:

—¡Matarle!... ¡Matarle!... porque él ha asesinado á mi hija! .. Y, cual si estas palabras hubiesen agotado su vida, ella cayó al suelo como un : masa inerte.

III

La mujer que yacía en aquel lecho sangriento, que todos contemplaban con terror, era muy jóven y muy hermosa.

La palidez y la inmovilidad de la muerte daban á su magnífico busto las apariencias del mármol. y, sin las amplias y finas trenzas negras, que, medio deshechas, rodeaban aquella cabeza, hubiera podido creerse la de una estatua que representase el sueño, tanta era la regularidad perfecta y la gracia escultural de sus facciones.

En el cuarto todo estaba en orden; sólo

había de extraño un balcon abierto, por el cual penetraban el reflejo de la luna y el viento helado de la noche.

La curiosidad y el terror tenían unidos á todos los testigos de esta escena; la pálida luz que proyectaban los faroles, irradiaba un reflejo flotante y fantástico sobre aquella mujer muerta, aquella anciana desmayada, y aquellos hombres, inmóviles, sombríos, aterrados.

El Juez fué el primero que, dominando la fuerte impresion del momento, pensó en cumplir con su deber.

Hizo retirar de aquel sitio á la anciana señora desvanecida, y sentóse friamente, dispuesto á empezar el interrogatorio del reo, allí, ante aquel cadáver, como si contara con que el terror y el espanto demostrasen la verdad del delito.

El escribano le imitó, y poniéndose con calma los anteojos, desenvolvió un rollo de papeles, y se dispuso á escribir.

IV

—¿Cómo os llamais? preguntó el Juez á el acusado con voz campanuda, como quien dice, la voz que para cosas de aquella naturaleza tenía reservada.

—Fermin Valdés, contestó este sin vacilacion alguna.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte y seis años.

—¿Qué profesion?

—Soy teniente en el regimiento de Húsares de la Princesa, dijo arrojando el capote y mostrando el gracioso uniforme que vestia.

—¿Conocíais á esta señora? siguió interrogando el Juez, señalando con la mirada al cadáver.

—Sí.

—¿De qué la conocíais?

—Era... mi amiga; la he conocido en sociedad.

—¿Qué género de relaciones os unían con ella?

—No puedo decirlo.

—Vuestro silencio será inútil y sólo servirá para agravar vuestra causa.

—Ya lo sé, pero no diré una palabra más.

Un murmullo de disgusto se dejó oír entre los serenos y testigos...

Segun ellos, aquel hombre no tenía el derecho de guardar secreto acerca de ninguna circunstancia...

Para aquellas honradas gentes, el presunto reo pertenecía en alma y cuerpo á la justicia... del público, ese tribunal respetable que tiene la absurda vanidad de creerse infalible en sus fallos, sin duda por aquello de *vox populi, vox Dei*.

—Bien, dijo el Juez con frialdad y cuando aquel rumor se hubo apagado, ya veremos si despues lo pensais mejor: ¿sabeis el nombre de esa mujer?

—Angeles Murillo.

—¿Cómo habeis penetrado hasta aquí para asesinarla? preguntó el juez pronunciando estas palabras rápidamente, sin duda para no dar tiempo á aquel hombre de dominarse al contestar.

Pero éste exclamó con un asombro tan

natural y sencillo que impresionó á los que le escuchaban:

— ¡Yo! ¡Yo asesinarla! ¡Yo que daría toda mi vida por volverle la suya una sola hora! .

—Vuestra negativa es inútil, habeis sido detenido al salir de aquí; llevais sobre vos las señales del crimen... y con un dedo inflexible mostraba las manchas de sangre muy fresca y muy distinta en las manos y en las ropas de Fermin.

Este siguió la direccion de aquel dedo, y al ver sobre sí aquellas pruebas acusadoras vaciló, y una mirada de angustia brilló en sus ojos.

Parecia darse cuenta por la primera vez del peligro de su situacion. Porque, realmente, si estaba inocente de aquel asesinato, las apariencias le condenaban de tal modo que estaba perdido.

La inocencia no es visible; el hombre tiene que juzgar por hechos, no por sensaciones.

El alma humana no es trasparente á través de su grosera envoltura como un licor por el cristal que lo encierra.

La ciencia se detiene ante lo invisible: no se puede juzgar de un asunto, por una

mirada, hay que buscar algo más real, más palpable.

Un criminal puede estender sobre su rostro una máscara simpática que oculte sus instintos.

La fisonomía de un ser no copia sus sentimientos.

Gall y Spurzheim serán siempre unos grandes soñadores, y nada más.

Porque el progreso no puede, como aquellos caballos de que Homero nos habla, recorrer el mundo en tres saltos; él sigue en marcha lentamente, y, hasta hoy, si ha clasificado los delitos, y ha señalado los castigos, no ha podido regularizar el procedimiento por el cual se llega á través de las sombras del misterio, á la verdad de los sucesos.

Es verdad que hay algo en el exterior de un ser que revela el interior, que un ciego que oyese leer algunas líneas del libro de Cervantes, al oír luego la descripción de sus personajes, adivinaria sin esfuerzo que el panzudo era Sancho, pero estas son apreciaciones generales que sirven en el dominio de los sentimientos, y se determinan por la simpatía ó la reprobación, aficiones que

nada tienen que hacer en el imperio de la ley.

Es preciso aceptar ésta tal cual ella es y no discutirla, por más que todo aquello que se dirige á la humanidad, nos toque muy de cerca, como de razon, como de derecho.

—¿A qué habeis venido aquí? siguió preguntando el Juez.

—No puedo decirlo.

—Este sistema es peligroso; una leal franqueza os serviría más.

—Me es igual, señor Juez, se trata de un secreto sagrado que para nada se relaciona con este triste suceso, y no hablaré.

—Está bien: señores, dijo volviéndose á los que le escuchaban, ¿conoceis alguno á este hombre?

—Yo, dijo el pequeño personaje á quien el tío Lucas llamaba D. Francisco, recuerdo haberle visto paseando mi calle que es la misma á que caen las tapias de ese jardin, y señaló al que se veía por el balcon entrea-bierto, a'gunas noches.

—Nosotros no le conocemos, dijeron los otros.

—Llamad á la criada de esta casa, y ved si la señora ha vuelto en sí.

La criada se presentó en breve.

—¿Habeis visto á este hombre venir alguna vez á esta casa?

—Sólo hace un mes que estoy en ella, y no ha venido jamas.

—La señora no puede declarar, dijo el sereno que había salido, apareciendo en la puerta, nos mira como una loca y no contesta una palabra.

—¿Insistís en negar vuestro crimen? preguntó el Juez severamente, poniéndose de pié.

—Os juro sobre la vida de mi madre que al entrar aquí, la he hallado muerta, dijo Fermin.

Su voz al decir estas palabras tenía tal infusion de lealtad, que el Juez le miró atentamente.

—Yo deseo que podais probarlo, dijo con ménos frialdad, pero, entre tanto, me veo obligado á prenderos cumpliendo con mi deber.

—Es muy justo, contestó tristemente el jóven oficial.

CAPÍTULO II

I

El triste suceso que acabamos de referir, había hecho en Granada el efecto que hace en una nación un golpe de Estado: no se hablaba de otra cosa.

Conocido al otro día en todos sus detalles, á la vez que asombro, producía indignacion; despertaba una corriente de ideas contradictorias, que, al chocarse, hacían pedazos la honra de una mujer y la lealtad de un hombre.

¿Por qué, cómo explicarse aquel asalto nocturno, aquel balcon abierto, y aquella puñalada en el corazon, á no suponer ántes una mutua inteligencia, una cita convenida, y unos celos que guien el puñal que mata?...

Pedir á la sociedad que se contente con juzgar de lo que ve, es tan inútil como querer morder á la luna; el pensamiento vuela y

vuela...: él hace el misterio transparente, lo ilumina... poco importa que el resultado de sus investigaciones no sea exacto, no pueda apoyarse en ninguna ley de razón ó de equidad; el caso es dar una solución al problema!... ¡Si no es exacto, poco se pierde! Afortunadamente, para los crímenes morales no se ha legislado todavía; no hay peligro en usar un poco de esa libertad de juicio que se nos concede generosamente.

El atentado material es bárbaro; el salvaje es el que mata á la luz del sol, inspirado por el dolor y la ira... el ser civilizado no debe imitarle!... Puede sí aventurar una palabra, afirmar en la sombra una opinión, que, al ensancharse como la mancha de aceite, empaña eternamente la pureza de un nombre... estas son armas *legales*, y ninguna persona se desdeña desgraciadamente de usarlas!...

El nombre de Angeles Murillo, víctima de aquel oscuro crimen, perdía poco á poco la elevada consideración que siempre le había rodeado.

No era bastante que hubiese perdido la vida, era preciso que perdiese la honra!...

La justicia humana se encargaba del

castigo del primer delito... para el segundo... acaso se reservase el castigo la justicia divinal...

Angeles era muy conocida en la sociedad granadina, donde ocupaba un lugar distinguido.

Hija de un honrado comerciante, tan honrado que, habiendo sido víctima de una estafa llevada á cabo por uno de sus asociados, prefirió arruinarse pagando por sí cuanto la casa debía, á declararse en quiebra.

Este golpe destruyó su fortuna, pero afirmó la consideración que se le tenía, y á su muerte, su viuda y su hija única, conservaron todo el prestigio de aquella noble acción, siendo tan bien recibidas en los círculos sociales, como en el tiempo en que poseían una gran fortuna.

Angeles era muy hermosa; tenía ese tipo andaluz que es imposible encontrar en ningunas otras mujeres del mundo.

Ligeramente morena, con negros y aterciopelados ojos, boca fresca y risueña, y un talle flexible y ligero que se cimbreaba con una gracia adorable.

Esta belleza, si le había conquistado mu-

cha admiracion y muchas simpatías en el otro sexo, le había valido tambien algunos alfilerazos del suyo, pues las inofensivas mujeres, usan de sus dientecitos de perlas para morder, como pequeños tigres, en la honra ajena, y con su mano delicada se entretienen en arrancar girones al velo de estimacion en que otra mujer se envuelve... ;Y la sociedad considera esto como inofensivo! ;Cuándo se educará á la mujer en la caridad, en el amor á todos y en el santo temor de Dios?

II

La curiosidad y el interes estaban fuertemente escitados.

Era una causa que tenía el triste privilegio de absorber la atencion pública, de pasar sobre todos los ánimos, de inspirar, en fin, una viva impaciencia.

El hombre que la opinion pública señalaba como asesino, era muy conocido tambien.

Fermin Valdés era un oficial leal, pun-

donoroso y valiente; sus compañeros le amaban todos, y el asombro que ellos sintieron ante la noticia de aquella catástrofe, hubiera por sí solo justificado la inocencia del acusado.

El jefe, sin embargo, llamado á declarar acerca de la conducta de su oficial subalterno, complicó algun tanto la franca protesta de sus compañeros, pues, como hombre de honor, se vió obligado á confesar, que, si bien Valdés había sido siempre un modelo de honradez, hacía algun tiempo que su carácter había experimentado una transformacion visible; se le notaban ligeras faltas en el cumplimiento de sus deberes, y, en fin, como la más grave de las acusaciones, añadió que, encargado de una mision de confianza, faltó á ésta, y gracias á que uno de sus compañeros le facilitó la cantidad perdida, pues de otro modo se le habría arrojado del cuerpo ignominiosamente.

El coronel confesaba esto por cumplir con su *deber* como hombre honrado; es admirable ver á cuántas extrañas interpretaciones sujetan los hombres esa hermosa palabra que hemos subrayado.

Quiénes hacen de ella una coraza de hierro

en la cual se estrellan todos los sentimientos de ternura é indulgencia que pueden conmovér el alma:

Quiénes, encastillándose en las reglas fijas en que la lógica y la razón le encierran, creen que lo han hecho todo con sujetar el movimiento de su corazón y los deseos de su pensamiento á esa metódica regularidad, á ese frío egoísmo que apaga todo lo que hay de generoso, de espontáneo y vehemente en la razón humana; otros, en fin, sin comprender que el deber no es un sentimiento aislado, sino una ley de la vida que se apoya en la práctica de todo lo bueno, lo digno y elevado, llevan el extravío hasta el punto de no salvar á un hermano, aunque para ello no tengan que hacer ningún sacrificio, si no encuentran aquella palabra que has de pronunciar, consignada de antemano en esas *tablas de la ley del honor* que ha dictado el orgullo y ha escrito la indiferencia.

El bravo coronel de Húsares, apegado á esas reglas por costumbre y por instinto, debió sentir su conciencia muy tranquila cuando arrojó la pajita de su acusación innecesaria en el platillo de la balanza legal, pues creía ayudar así á esclarecer un delito.

Nadie está libre de sentir la *sed de justicia* que puede hacernos bienaventurados, y cada cual, ante el alto tribunal de su razón, se cree autorizado para no perdonar!... ¡Oh! ¡el corazón humano!...

Terencio le conocía bien cuando esclamaba:

—*Homo sum: humani nihil á me alienum puto.*

III

El acusado había sufrido ya todos esos insoportables y pesados trámites que son precisos en una causa.

Un día se le incomunicaba, otro se le hacía ratificar su declaración, más tarde se le llevaba frente á la desgraciada madre de Angeles, que se había vuelto loca, y que siempre le reconocía para acusarle, por una fatalidad que acaso se relacionaba con causas anteriores.

Pero Fermin no cambiaba ni en un acento su primera declaración; estaba muy tris-

te, pero muy sereno; si en un tribunal sentenciase el corazón, sin duda que habría sido absuelto, porque aquel gallardo joven, de mirada inteligente, de voz simpática, hacía una gran impresion sobre el ánimo de los jueces, pero desgraciadamente en este caso no era el corazón, sino la razón, la que medía y pesaba los hechos y las pruebas, y las que acusaban á Fermia eran de tal magnitud, que era imposible suavizarlas.

Generalmente no estaba solo.

Su madre había llegado á compartir su desgracia, pues una madre no abandona jamas, su afecto es el único en que podemos confiar aquí bajo.

Aquella señora de rostro dulce y marchito, de aspecto noble y distinguido, estaba segura de la inocencia de su hijo, pero éste le había impuesto el más absoluto silencio acerca de los secretos que le había revelado, y ella callaba, porque, realmente, aquella declaracion no le salvaría.

Pasaba las horas junto á él, sin sentir el frío de aquella oscura prision, sin que una reconvencion subiese á sus labios, ni una lágrima á sus ojos... las madres tienen el heroismo de su amor, y pueden hacer eso!

Un amigo suyo tampoco le abandonaba: Guillermo Rojas, teniente como él, pasaba también las horas á su lado, buscando un medio de salvarle, ya procurando una evasión, ya aprovechando un indulto.

El preso no lo aceptaba:

—La vida sin ella me es insoportable, decía, deja que me maten.

IV

Llegó al fin el día en que debía sentenciarse aquella célebre causa que había conmovido á toda la ciudad.

Desde muy temprano acudían á la Audiencia gentes desocupadas que no querían perder la interesante escena de ver á un hombre doblegarse bajo el peso del infortunio.

Se creía adivinar lo que allí sucedería, se calculaba acerca de ello, se empeñaban disputas... ni más ni menos que si se tratase de una carrera de caballos... Por más que Jesús dejara á la humanidad la santa máxima

de amarse mutuamente, los males ajenos no suelen tocarnos muy de cerca, y el espectáculo del dolor más grande no produce generalmente en el hombre la sensación de descontento que una ligera rozadura en su piel.

A despecho del sentimiento espiritual y poético, el hombre es sobradamente materialista, y el brutal egoísmo, disimulado, modificado, amoldado á la forma de lo conveniente, por la educación, duerme en el fondo de sus sensaciones, como un gérmen oculto, pero no estinguido.

Y esa dureza de alma no se aprende ni se adquiere en el roce social: es instintiva... el niño que apenas sabe hablar y que no puede ni comprender ni retener lo que oye, destroza con sus manecitas las alas doradas de una mariposa, y arranca sin piedad las plumas de una paloma!...

Dios, al purificar el mundo por el agua, dejó flotar aquella soberbia arca que encerraba algo de la antigua raza, como una levadura de la masa nueva que se preparaba!...

¡Quién sabe! en aquellos seres iría la chispa maldita que volvió á propagar los vicios, volviendo á provocar los castigos!...

¡Ah! si la cosa vuelve á suceder, si esa escena magnífica de destruccion universal vuelve á representarse, no podemos halagar la esperanza de que se nos guarde á muchos para materiales del nuevo edificio, porque para consuelo de nuestra vanidad, casi todos somos peores!!...

Tengamos, pues, la certeza de que, si, irritado el Supremo Ser al ver como empleamos los dones que nos concedió, quiere borrar de nuevo de la pizarra del globo la cifra *humanidad*, habrá pocos guarismos que merezcan respetarse!...

CAPÍTULO III

I

Granada presentaba un aspecto triste el día en que la justicia, inspirándose en sí misma, debía absolver ó condenar á un hombre.

Oscuras nubes ocultaban el azul de su hermoso cielo, y una lluvia lenta y continua enlodaba sus calles.

En el calabozo que encerraba á Valdés tenía lugar una tristísima escena, que haría comprender que Dios no ha puesto límites al dolor, como no los ha puesto á ningun sentimiento.

El acusado, el reo, como le llamaban los depositarios de la legalidad, estaba de pié, pálido como la cera, y en sus ojos tan hermosos y tan dulces, brillaba un reflejo de espanto, de temor, de locura.

Ante él muy pálido y muy conmovido también, estaba Guillermo Rojas, y procuraba calmarlo.

—Oh! no es posible! decía Fermin, cómo han de haberle robado si nadie sabia donde se ocultaba!

—Olvidas que esas gentes son cobardes; habrán temido verse envueltas en tu causa!

—¡Ah! ¡y dónde puede haber ido, Dios mío,... María en la duda de lo que puede sucederle!, es una cosa horrib'e... no, ¡yo no quiero morir ahora! ¡Yo soy inocente!

—¡Cálmate, Fermin! Te sentenciarán á algunos años de prision, y de los presidios se sale. . pero ese niño!... es preciso encontrarle!...

—Sí; es preciso!... Pero yo estoy encadenado, yo no puedo defender á mi hijo!... Guillermo, puesto que tú eres mi único amigo, vas á jurarme dos cosas: dime que las cumplirás si me matan.

—Sí, yo te juro cumplir tu voluntad, pero desecha esa triste idea.

—Debemos pensar siempre lo peor, y yo sé que no hay en mi causa ni un átomo de esperanza.

—Pero, ¿por qué fatalidad todas las pruebas están contra ti?

—¡Oh! ¡no lo sé! Cuando subí al balcón, le encontré abierto... la lámpara estaba

apagada... nada se oía .. sentí un loco terror y me precipité hacia el lecho... toqué su adorado cuerpo, rígido, helado, la rodeé con mis brazos para reanimarla.. así, sin duda, me manché con su sangre; desatinado, loco, salí de nuevo, no sé á qué, creo que á buscar á su asesino, pero aquel maldito sereno me detuvo!...

—Tú eres fuerte, ¿cómo no te escapaste de sus manos?, dijo Guillermo con un acento que revelaba una gran emoción.

—No me ocurrió que se pudiese dudar de mi inocencia... estaba como un loco! oh!... por hallar á su asesino, por despedazarle con mis propias manos, daría, no ya la vida que no me pertenece, sino mi eterna salvación! . .

La voz de Fermín, al proferir esta execración impía, era vibrante y poderosa; Guillermo temblaba imperceptiblemente.

—Oyeme, prosiguió, pues me queda poco tiempo; hé aquí lo que espero de tí: veuga la muerte de Angeles, y busca á mi hijo para protegerlo.

—Te juro hacerlo así, dijo con trémula voz Guillermo.

—Que Dios te bendiga, si cumples tu

juramento, contestó Fermin arrojándose en sus brazos.

Al pobre y desgraciado Fermin se le podían perdonar estos arrebatos impíos producidos por un intenso dolor más bien que por un honrado corazón. Ni él ni Guillermo tenían derecho alguno para vengar la muerte de Angeles. La venganza es propia tan solamente de la justicia divina: el castigo del crimen corresponde á las autoridades constituidas en la tierra como ministros de Dios.

II

Algunas horas más tarde el acusado comparecía ante sus jueces.

Su presencia produjo en la multitud una profunda impresion que se demostró por un rumor sordo...

Acaso muchos comprendieron su inocencia...

Pero no podía probarsel..

Era inútil esperar!

Al fin, despues de todos esos sombríos

detalles que preceden á una sentencia, los magistrados aparecieron, terminada su deliberacion, y uno de ellos leyó...

Todo estaba terminado.

Fermin había sido sentenciado á muerte!...

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL SECRETO DE UN CRÍMEN

PARTE SEGUNDA

LA MUERTE DE UN HOMBRE

CAPÍTULO PRIMERO

I

Los últimos rayos del sol doraban suavemente las altas copas de las palmeras y cumbres de un bosque americano, cuando un hombre que le cruzaba lentamente, y andaba, al parecer con doloroso esfuerzo, se detuvo apoyándose en uno de los troncos seculares que se alzaban por todas partes como gigantes sombríos.

—¡No puedo más!... murmuró con voz desfallecida, no sé donde estoy; la noche llega y es inútil proseguir!... No quisiera

morir sólo, pero, despues de todo, la muerte será igual aquí que allí...

Señaló, al decir esto, hacia el Norte, y se dejó caer como si realmente fuese á morir en aquel momento.

II

Aquel hombre vestia el uniforme de coronel de voluntarios, y aunque su rostro no presentaba ningun rasgo simpático, la expresion de un valor bravío estaba escrita en sus ojos.

Representaba unos sesenta años de edad; su cabeza estaba blanca, más bien que gris, y en su frente se marcaban profundas arrugas.

Debía estar herido, porque su blusa de lienzo, ceñida á su talle por un cinturon charolado, mostraba en el pecho una ancha y oscura señal.

La palidez de su rostro era lívida, y sus ojos demostraban una angustia suprema en la doliente vaguedad de sus miradas.

Era, sin duda, una de las víctimas inmoladas cada día por la revolución en aras de la patria; uno de esos mártires que defienden la integridad de la hermosa Cuba, de esa perla que Colon descubrió, no para regalarla á España, como creyó él mismo, sino para que España la comprase á muy alto precio, al precio de la sangre de sus hijos!...

Sin duda aquel hombre había sido herido cerca de aquel lugar, pues no se comprendía que pudiera venir de léjos en tal estado.

Es posible que se encontrasen á algunos pasos los rastros sangrientos de una lucha...

Triste huella de odios y dolores que estiende en el globo una mancha impura, pues, sin Duda que Dios no ha criado las flores de los campos para que el hombre las riegue con su sangre, ni ha hecho la luz para que ella guie el brazo del hermano contra el hermano.

Esto sucedia en el departamento del centro de la Isla de Cuba en Junio de 1873.

Como desde aquella época la guerra se ha recrudecido, no borramos nuestras tristes reflexiones.

III

Una noche clara y tibia había sucedido á aquel dulce crepúsculo. La luna cernía su luz á través del toldo movible del ramaje, y brillaba sin una sola mancha, como una lámpara que hubiese encendido la caridad en el cielo para velar por los desgraciados de la tierra.

Se escuchaba un rumor leve; el choque cadencioso de las hojas agitadas por la brisa, que formaba una armonía de suspiros.

El hombre que hemos visto caer en el bosque, continuaba inmóvil: parecía un cadáver á la claridad de la noche.

Apénas habían pasado dos horas desde que estaba allí, cuando otro hombre apareció entre la espesura de aquella selva bravía.

Llevaba el traje talar distintivo del sacerdote cristiano, y seguía á un hermoso perro que olfateaba en el viento, iba y venía delante de él, y se lanzaba al fin á la carrera animado por la voz de su dueño.

El animal se detuvo junto al coronel desvanecido, y ladró de un modo lastimero.

El sacerdote avivó el paso, llegó hasta él, y una espresion de dolor y piedad se reflejó en sus facciones.

— ¡Dios mío! exclamó, otro desgraciado que ha muerto solo, sin tener á su lado, quien evacúe la vision sublime de tu grandeza, y el recuerdo santo de tu misericordia! ..

Arrodillóse al decir estas palabras, abrió la blusa sangrienta que le cubria, y llevó su mano al corazon del herido.

En la mirada de alegría que elevó al cielo, se comprendia que la vida de aquel corazon no estaba apagada.

— ¡Vive! murmuró, quizá pueda salvarle!

Y con una ligereza y precision que probaba no ser aquella la vez primera que socorria á un desgraciado, buscó la herida, restrañó la sangre que aun se escapaba de ella, y la vendó cuidadosamente.

Quitóse despues su capa, la arrolló, y puso suavemente sobre ella la cabeza del herido.

Alejóse algunos pasos, y, puesto atento oído, le parecía que entre el rumor de las

hojas se oía el murmullo del agua al deslizarse sobre las peñas.

No se había engañado.

Fué hasta el manantial, y llenó en él un vaso de coco, volviendo al lado del herido.

Humedeció su frente con el agua fresca, y, al ver que sus labios se agitaban lentamente, le hizo tragar algunas gotas de un cordial que llevaba en un frasquito de vidrio.

Estos cuidados reanimaron al coronel, que abrió lentamente los ojos.

—¡Padre José! murmuró al ver al sacerdote.

—¡Gracias á Dios que V. se reanima, dijo el padre José, he pasado un susto horrible!

—No será por largo tiempo; me siento morir.

—Confíemos en Dios, dijo el padre José dulcemente en tanto que consultaba el pulso del herido.

—¡Oh, sí! y á él debo vuestra venida, padre mío, porque no quería morir sin hacer ántes graves revelaciones.

—Despues, hijo mío, estais muy débil.

—¡Oh! ¿y si me muero?...

El padre José vaciló, y dijo al fin, con expresion de pena:

—¿Tan grave es, hijo mío, lo que teneis que decirme?

—Tan grave, padre, que acaso á mi confesion deba el salvarme.

Entónces, hablad ya os escucho.

El sacerdote se puso de rodillas, y el herido fué á incorporarse, pero á este movimiento una tos seca y convulsiva levantó su pecho, y algunas gotas de sangre aparecieron en sus labios descoloridos.

—Callad, hijo, callad, gritó asustado el sacerdote, sea lo que sea aquello que teneis que decirme, no podreis hablar ahora... Voy á pedir auxilio á Nuevitas, está cerca.

—¡Ah, no! no me abandoneis, gritó con angustia el herido.

—¡Ah! ¿podeis creer que yo lo hiciera? No, irá *Tigre* en mi lugar!

El perro se aproximó á su dueño al oír su nombre, y le miró atentamente.

—Ven aquí, *Tigre*, mi pobre amigo, es preciso que vayas á casa, y en tanto que esto decía acariciaba la cabeza del noble animal, y ataba á su cuello una cinta roja que debía ser una señal.

Despues le gritó dándole una palmada en el lomo:

—¡A casa! ¡pronto! ¡vete!...

El perro le escuchó atentamente y partió á escape.

—No tardará en volver, dijo el padre José, entre tanto, hijo mio, descansad, y yo pediré á Dios su misericordia para vos!...

Al decir esto se arrodillaba junto al herido y unia sus manos para orar.

El padre José era muy jóven; su hermosa cabeza parecía radiar una luz misteriosa... Su frente era blanca y pura como la de un niño, sus ojos negros, hermosísimos, con una mirada de bondad que llegaba al alma; su voz muy dulce y muy simpática.

Al verlo allí; en el fondo de una selva rogando por un desgraciado, se le hubiera creído un mensajero del cielo encargado de secar lágrimas y repartir consuelos.

CAPÍTULO II

I

Pasó una hora, durante la cual el padre José oraba siempre, y el herido dejaba oír un lento y penoso gemido, que fué haciéndose más débil hasta que cesó del todo.

El sacerdote se inquietaba; las brisas de la noche podían hacer daño al herido, y cuando se piensa que de una hora, de un instante pende la vida de un hombre, es cuando se sabe apreciar el valor del tiempo, pues contamos sus átomos como granos de arena que resbalan en el reloj de la vida.

Y era, en verdad, un hermoso espectáculo aquel en que el sacerdote de alma pura, unía sus manos consagradas para rogar por un desconocido.

El amor, la caridad, las leyes santas de la fraternidad humana, base noble y segura de la sociedad cristiana, palpitaban en

aquel dulce cuadro, rodeándole de un misterioso encanto.

Al fin, la impaciencia del padre José tuvo término.

El perro apareció saltando alegremente, y dos hombres detras, llevando una camilla de campaña.

—Buenas noches, padre José, dijo uno de ellos, según parece el paseito no ha sido en balde.

—Así es, hijo mío, contestó con su acostumbrada dulzura el sacerdote, este desgraciado quizá se hubiera muerto sin auxilio.

—¡Dios mío! Pues si ya lo está, dijo el otro hombre retrocediendo.

—No; gracias á Dios, sólo está aletargado; ha perdido mucha sangre y está muy débil, vamos á colocarle en la camilla, pero con mucho cuidado... la herida es en el pecho.

Los dos hombres se acercaron en silencio y uno de ellos, al levantar por los hombros al herido, exclamó con extrañeza:

—¡Pues si es el coronel Rojas!...

—¿Le conocéis? preguntó con interés el padre José.

—¡Ya lo creo, padre! Es un riquísimo

propietario de Puerto Príncipe, que hace cinco años, cuando los negritos dieron el grito de libertad, tomó el fusil de voluntario, y, como dicen que peleó como un león, ya es coronel.

—Es que D. Guillermo, dijo el otro, era ya militar allá en las Españas, ántes de venirse á Cuba.

—Bueno, hombre, pero se había retirado... si lo sabré yo que le conozco como á tí... ¡y vaya un genio que tiene!... siempre parece que lleva una nube en la frente.

—Vamos, hijos míos, vamos, no perder tiempo: dadme ese manto, aunque la noche es templada, la brisa es húmeda, y además él está helado...

—Padre, será el coronel uno de los que hoy han caído en una emboscada, cerca de aquí en la rambla alta... dicen que no ha quedado uno á vida!... Esos perros salvajes odian á los jefes blancos... De veras, padre, que ellos no valen la sangre que cuestan.

—Vamos, vamos en marcha; Dios les toque á todos en el corazón.

—Pero, padre, dijo el que parecía más hablador, levantando suavemente la camilla en que el herido había sido colocado, ¿cómo

Dios, que es tan bueno, consiente que los hombres se maten así?...

—Dios deja al hombre la libertad del bien y del mal; luego le reserva su gracia ó su castigo...

—¡Ay Padre! y qué afición ha tenido el hombre siempre á matar... Caín empezó, y desde entónces... cuántos!...

—Es verdad, dijo el padre José suspirando, y poniéndose al lado de la triste comitiva como para defender al herido, la raza humana lleva sobre sí el pecado original!...

—Pienso yo, padre, volvió á decir el hablador, que como allá en el paraíso debía andar la cosa algo revuelta, al formarse el hombre debió hallarse entre aquel puñado de tierra que Dios tomó en sus manos, el corazoncito de un tigre... y... ¡ya se ve!... el pobre Adán transmitió lo que tenía... sangre de tigre y pensamiento de ángel!...

—Vamos, vamos, Nicolas, que eres un hablador insoportable... no te bromees junto á ese pobre hombre que acaso va á morir.

—¡Ay, no es broma, padre José!... Si todas las obras del Creador han sido perfectas, lo que es al hombre le falta mucho para serlo.

—Más le falta á la mujer, murmuró el otro, porque el hombre á lo ménos sabe callar... pero ellas. . . Jesús!

—Vamos, éste ha reñido con la Juana.

—Guardar silencio, hijos míos, dijo blandamente el sacerdote, ya estamos en el pueblo.

—Se verían ántes de bajar á este valle las torrecillas de la Iglesia, dijo Nicolas.

—Apresuremos un poquito el paso... volvió á decir el sacerdote; ántes de salir, ¿habéis dado aviso de que llamaba yo?

—Está claro, padre, en cuanto vimos al *Tigre*, ya entendimos que había tela cortada para rato!...

II

Media hora despues, el herido era colocado en un blando lecho, y un médico se hallaba á su lado.

—La herida es grave, decía el padre José, ¿pero podrá salvársele?

—Solo Dios, que todo puede hacerlo, con-

testó el doctor, por mi parte creo que si este hombre tiene algo que hacer debe darse prisa.

— Pero ¿creis que va á morir ahora?

— No, puede vivir algunas horas, acaso algunos días, más exige mucho cuidado.

— Se tendrá, dijo sencillamente el sacerdote.

— Lo creo, padre José, si todos los hombres se parecieran á vos, no habria sobre la tierra tantos dolores.

El sacerdote se ruborizó como una doncella, inclinó su frente, y nada dijo.

— Adios, padre José, siguió el doctor, volveré á ver el herido.

— Que Dios os bendiga por vuestros cuidados, dijo el sacerdote.

III

El enfermo pasó algunas horas en un letargo profundo: hubiera sido muy difícil decir si dormía.

Sus ojos estaban cerrados, y su respiracion era lenta y fatigosa.

El padre José, sentado á su lado, remojaba sus labios de vez en cuando, y consultaba su pulso.

La luz del alba dibujaba ya algunas cintas rosadas sobre el cielo pálido y sereno, cuando el coronel abrió los ojos, y giró á su alrededor una inquieta mirada.

—¿Cómo os sentís? preguntó el padre José.

—¡Ah! ¿estais ahí? os buscaba...

—¿Queréis algo?

—Si; quiero... hablar con vos; tengo mucho que confiaros.

—Estamos solos y podeis hablar... no os fatigueis mucho.

—Es que tengo que contaros toda la historia de mi vida.

—Ya os escucho; bebed ántes, esto os dará aliento.

El coronel bebió, y el padre José sentóse á su lado y se dispuso á escuchar.

CAPÍTULO III

I

—Hace veinte y nueve años, empezó á decir el herido, que el regimiento de Húsares de la Princesa, en el cual era yo teniente, fué destinado á Granada.

Yo he sido siempre poco simpático á mis compañeros... tenía un carácter duro, un orgullo insufrible y un egoísmo tan grande, que no veía en el mundo más que aquello que se relacionaba conmigo lo demás no; existía para mí

En el regimiento había un jóven de mi edad, un poco menor que yo, tan gallardo, tan simpático, tan franco, y tan querido de los jefes y compañeros, que desde luego se me hizo insoportable, odioso é irresistible.

Sin embargo, supe disimular la aversión que me inspiraba, y demostrarle tan viva simpatía, que bien pronto me creyó su mejor amigo, y todos lo creyeron como él.

Era teniente también, y pertenecía, como yo, á una noble casa, sólo que yo era rico, y él era pobre.

Tenía un carácter dulce é igual, una alegría constante en su corazón, y la lealtad, la fe, el candor del hombre honrado, que ni sospecha que existe la infamia.

Me quería como á un hermano, y cuantas más pruebas me daba de ello, más y más aumentaba la animosidad que contra él sentía... hubiérase dicho que su afecto alimentaba mi odio!... El coronel se detuvo fatigado.

—Bebed y calmaos, dijo el padre José, que, muy pálido y con las manos juntas, escuchaba aquella narración.

—Gracias, murmuró el herido al separar el vaso de sus labios ..

—Por aquel tiempo, continuó, ya comenzaba yo á pensar en vengarme de aquel hombre que me llamaba su hermano, y hacía llegar con frecuencia á los jefes, quejas de mi compañero... estas eran como ligeros alfilerazos á cuenta de la estocada que mi odio le prometió...

Un día se me presentó una ocasión de herirle más seriamente.

Había sido encargado de una misión que

probaba la confianza que los jefes tenían en su honra.

Se le entregaron dos mil duros para conducirlos á Córdoba, y una rabia inmensa se apoderó de mí, al ver que era él quien merecía que se le eligiese para semejante empresa.

Supe hacer de modo, pues, como él no tenía secretos para mí, le había visto guardar el dinero, supe hacer, repito, que antes de que él saliese de Granada aquel capital hubiese desaparecido de su maleta...

Su desesperacion fué inmensa al ir á entregar el dinero que le había sido confiado, y encontrarse sin él; pero la casualidad, que hace á veces el papel de Providencia, hizo que estuviese fuera de Córdoba el jefe que debía recibir aquella cantidad, y él tuvo tiempo de avisarme.

Tuve buen cuidado de hacer ver su carta á los compañeros, y hacerles saber que pensaba enviarle de mi fortuna particular los dos mil duros que había perdido.

Esto elevó hasta lo infinito el entusiasmo por mi generosidad, y fué el primer grano de arena en el lago purísimo del honor de mi amigo.

Él ignoraba que aquel secreto fuese conocido, y yo me guardé bien de que lo supiese, pues, delicado hasta la exageración, hubiera arreglado el asunto de un pistoletazo, y á mí no me convenía que se matase, soñaba para él mayores torturas.

Su gratitud le unió á mí como un lazo fuertísimo; él se proponía pagarme aquel préstamo que le había hecho salvando su honra, y se empeñó en dejarme cada mes la mitad de la paga para irme satisfaciendo la deuda de dinero, porque la de reconocimiento, decía él, jamás podría pagarla.

Esta nobleza de sentimientos me ofendía como una injuria directa: creo que le hubiese odiado ménos si hubiera sido falso é ingrato!...

—Descansad, hijo mio, dijo el padre José, secando el sudor que bañaba la frente lívida del herido.

—Por aquel tiempo, prosiguió el coronel, conocí yo á una mujer, casi una niña, pues tenía diez y ocho años, tan hermosa como la imágen que en un sueño nos acaricia.

Me enamoré de ella locamente, quise por todos los medios alcanzar su amor, pero fué en vano.

No aceptó ni mis ofrecimientos ni mi fortuna, y yo sentía lentamente transformarse en odio el amor que la tenía, al verme desdeñado!...

Oh! si yo hubiese obtenido el amor de aquella mujer, creo que habría sido capaz de ser honrado!...

Ella era mi única aspiracion, mi solo pensamiento!... su negativa me irritaba!...

El herido se detuvo, y el padre José acercó á su boca un vaso con agua.

II

—Tuve que salir de Granada por un mes á una comision del servicio, dijo continuando su narracion el coronel, y marché desesperado, no sé si por un triste presentimiento, ó porque me separaba de aquella mujer...

Yo no había dicho jamás á mi amigo, ni á ningun otro, que estaba enamorado: guardaba para mi solo mis dolores, pues no compartiendo yo los ajenos, creía que se burlarían de los míos.

Cuando volví, mi amigo me dijo que tenía un grave secreto que confiarme... le escuché con alegría, porque un misterio oculta siempre algo grave.

Me dijo que se había casado; que enamorado hacía tiempo de una mujer muy hermosa, y muy pura, no había querido esperar á ser capitán, y se había unido con el mayor sigilo.

Le pregunté el nombre de su esposa, y, al oírle, quedé aterrado, inmóvil, sin poder pronunciar una sola palabra.

La mujer aquella era la misma que yo amaba!...

—¡Oh! exclamó el coronel cuya mirada se encendió como un relámpago fugaz, no sé como tuve el valor de no matarlo, de no despedazarle con mis propias manos!..

¡No sé como no le desgarré el pecho y le arranqué el corazón, como el tigre que en estas selvas destroza al que intenta robarle las caricias de su hembra!...

No sé cuanto sufrí en aquel instante, pero mi razón condenó á los mismos tormentos á aquel hombre aborrecido.

Oh! era horrible!... ¡horrible!... Siempre el nombre de aquella mujer en sus labios,

siempre la fe, la gloria de amor en sus ojos...

A pesar de los años que han pasado, á pesar de que me hallo al borde del sepulcro, tiemblo todavía al pensar que aquella mujer fué suya!...

—Hijo mío, ¡calmaos!...

—¡Ah, padre! vos sois muy feliz en no conocer las pasiones que hacen un infierno de la vida!...

III

Yo amaba de tal modo á la mujer que él me robó, continuó el coronel con voz más fuerte, como si aquella violenta sacudida reanimase su espíritu, que, al odiarla, concentré en mi odio todo mi ser.

En mi corazón se había extinguido todo sentimiento noble y generoso; yo era un miserable, sediento de venganza, y nada más!...

Mi odio era necesario á mi vida, como su veneno á la vívora, y yo le guardaba, le excitaba, y combinaba el modo de que les alcanzase á los dos... porque mi rabia les en-

volvía en un mismo deseo, en un solo pensamiento!

Mi primera idea fué matarlos á ambos... pero él me confió que su esposa estaba en cinta, y yo no quise matar á aquel ser que iba á unir la sangre de los dos esposos, de los dos amantes, más bien, y por consiguiente mi odio.

Yo contaba con hacer de aquel retoño de una union maldita, el ser más infame, más miserable de la tierra...

El sacerdote unió con fuerza y como espantado sus blancas manos; el herido prosiguió:

Esperé, y cuando aquella mujer dió á luz un niño, yo lo preparé todo de manera, que él estuviese en mi poder el día que lo deseara.

La confianza de aquel hombre en mi amistad era tal, que ponía en mis manos la vida y el porvenir de su hijo... pues ya comprendereis, padre, que el niño no podía quedar al lado de sus padres, siendo un misterio la union de estos.

Contaria apénas dos meses aquella criatura, cuando yo, teniéndolo todo dispuesto, pensé llevar á cabo el último acto de aquel

drama de odio que había formado en mi alma.

Supe que, para evitar sospechas de los vecinos, mi amigo escalaba una pequeña tapia, correspondiente á un jardín de la casa de su esposa, y por una reja subía al balcon de su dormitorio, que encontraba siempre entreabierto.

Mi amigo me dió estos detalles con tal sencillez, que estuve á punto de lanzar una carcajada... pero le escuché con fingida indiferencia.

Una noche hice se le ocupara en el cuartel, y me dirigí á la oscura callejuela por donde él escalaba la casa de su mujer. Subí con el corazón tranquilo y la mirada segura... tocaba al fin aquella ansiada venganza... iba á matarla á ella, y mi combinacion era tan infernal, que aquella mujer creería recibir la muerte de manos de su marido... del hombre á quien amaba!...

No tomé precaucion alguna... estaba tan loco, que me era igual me viesen ó no...

Llegué á aquel balcon, y toqué ligeramente.

—Entra, murmuró una vocecita dulce.

Llegué hasta el lecho, en que aquella

mujer estaba acostada, y la rodeé el cuello con mi brazo izquierdo.

—¿Has visto á Angel? preguntó ella en tanto que sonreía, como si aquel nombre fuese una luz celestial que pasase ante sus ojos.

Sin contestar descubrí su pecho, levanté el puñal... herí... la sangre saltó de su seno... ni un ¡ay! se escapó de sus labios... yo estaba seguro de hierirla en el corazón, en aquel corazón que había dado á otro!

—Dios mío, murmuró con angustia el sacerdote.

—Mi primera idea, continuó con voz ronca el coronel, fué esperar á su esposo, embriagarme en su dolor, y arrojar mi máscara hipócrita; pero luego pensé que podía hacer algo mejor... y me oculté en la oscura callejuela, esperando el resultado.

Yo estaba decidido á matarle á él, si veía que intentaba escapar; poco tiempo despues llegó; subió ligeramente, y algunos minutos más tarde volvió á aparecer en la tapia, vacilante... ébrio de dolor sin duda!

Amartillé una pistola, pero ántes que pudiese disparar, un endiablado sereno, que salió no sé de donde, llegó hasta él y le detuvo...

Volví á ocultarme, y cuando aquel hombre llamó, y envió á dar parte al juez, me alejé lentamente, tan satisfecho de mí mismo como jamas lo había estado...

¡El golpe había sido magnífico!

II

—Es inútil decirnos, padre mío, que aquel hombre inocente fué encarcelado como asesino, yo le acompañé en su prision...

—¿Murió el desgraciado? preguntó con voz temblorosa el padre José.

—No lo sé; le oí sentenciar á muerte, y sintiendo entónces algo parecido á un remordimiento, salí de Granada en el mismo día, pedí mi licencia absoluta, y me vine á América pretendiendo olvidar; jamás he vuelto á oír su nombre...

—¿Habeis dicho que tenia un hijo?

—Es verdad; pero Dios arrancó de mis manos á la pobre criatura... el mismo día en que su padre fué sentenciado á muerte, al ir á buscarla no la hallé, ni á la mujer que

la criaba... habían desaparecido, y mi última crueldad fué revelar á su padre esta pérdida.

—¡Dios mío! ¿y no tuvisteis ni un sentimiento de piedad ante aquel pobre inocente?

—Ninguno, padre, yo le odiaba más cada vez.

—¿Ni buscasteis á su hijo?

—Eso sí; revolví á media España en su busca, arrojé el oro á puñados... fué en vano todo, y eso que el niño debía ser conocido empre por una señal que yo mismo le marqué... dos pequeñas cruces rojas, junto al nacimiento del cuello, en el lado izquierdo.

—¿Qué decís? preguntó levantándose impetuosamente el sacerdote, y no tenía otra señal?...

—Sí, llevaba al cuello un pequeño relicario de plata, con una imágen de la Virgen en un lado, y una fecha, la del nacimiento del niño en el otro.

—¿Es éste? gritó el padre José arrancando su cordón de seda que rodeaba su cuello y mostrando un relicario.

—¡Dios mío! sí! cómo está en vuestro poder?

—Son estas las señales que marcó vues-

tra mano? preguntó arrollando su camisa y mostrando el nacimiento de su cuello.

—¡Vos! ¡vos! gritó el coronel con espanto, ¡vos el hijo de Angeles! ¡Vos! y yo he puesto mi secreto en sus manos! ¡Ah! ¡luego hay Dios!...

La mirada del joven sacerdote brilló de una manera poderosa, sus labios temblaron, pero al fin aquella mirada se dulcificó, unió sus manos y murmuró algunas palabras.

—¿No me perdonareis? dijo el herido temblando.

El padre José estendió su mano solemnemente sobre aquel hombre espirante; le miró con piedad, y dijo con voz firme y clara:

—Yo te perdono en el nombre de Dios, y en el nombre de mis padres! .

Cayó de rodillas y sus ojos se llenaron de lágrimas!...

CAPÍTULO IV

I

El coronel D. Guillermo Rojas murió en la tarde de aquel mismo día.

Pero ántes de morir, pidió un escribano con el que habló largo rato, y escribió por sí mismo, con mano ya convulsa, una carta que entregó al padre José, el cual, con otro grueso pliego, cerrado y sellado por la mano del moribundo, lo puso en su pecho.

El padre José, de la Compañía de Jesus, era generalmente querido; en la Isla todos le conocían, y su dulzura, su caridad, los beneficios que hacía, le habían conquistado una especie de soberanía, cuyos súbditos eran los pobres y los desgraciados, que le amaban de todo corazón, como aman las gentes sencillas y buenas

Cuando se supo que el noble sacerdote intentaba salir para España, después de cumplidos los últimos deberes con los restos del

desgraciado coronel, uua esplosion de pena agolpó junto al pastor al humilde rebaño.

—Yo volveré, hijos míos, decía el padre José con bondad, dándoles su mano que cubrían de besos, me espera allí una gran desgracia que consolar: un gran deber que cumplir... pero yo no puedo olvidaros...

—Padre, dijo Nicolas que era el más atrevido, yo no tengo á nadie á quien amar, ni en Nuevitas ni en otro punto, llevadme con vos para que yo os cuide y os sirva; vos, padre José, velasteis á mi padre cuando murió, y quiero pagaros vuestra caridad con mi cariño.

--Hijo mio, dijo muy conmovido el sacerdote, y si no puedo volver á Cuba?

—Con tal de que me tengais á vuestro lado siempre, nada más pediré.

—Vente, pues, y que Dios quiera sea para tu felicidad!...

II

Algunos días más tarde el padre José y Nicolas, se embarcaban en la Habana con rumbo á la Península.

El padre José estaba sereno, pero profundamente triste.

Veía ante sus ojos á su madre asesinada, á su padre... muerto ó prisionero; él no lo sabía.

Tocaba su pecho para hallar allí los pliegos que le habian sido confiados, pues se creía juguete de una horrible pesadilla.

—Muy triste está el padre, decía el capitán del buque, al verle pasearse sobre cubierta, silencioso, y con las manos cruzadas á su espalda, en tanto que sus labios se movían.

—Es más bueno que el pan de Dios, pero ese coronel que ha muerto en sus brazos le ha clavado alguna espina en el alma, contestaba Nicolas, desde ese día el padre José no es el mismo, y ni un momento se disipan las sombras de su frente

—¡Qué ha hecho en Cuba para ser tan conocido y tan amado! preguntaba el capitán, recordando la conmovedora escena de la despedida del sacerdote.

—Ser honrado y caritativo, pero como estas prendas escasean, por eso le han apreciado tanto, y Nicolas, al decir esto, sonreía como si creyese que aquellas palabras bastaban para que el padre José fuese conocido.

III

Ocho días llevaban de navegacion, cuando una mañana el oficial de guardia se acercó al capitán con aire inquieto y le dijo algunas palabras.

—Sí, ya lo he notado, pero callad, que los pasajeros no se alboroten; al parecer la borrasca va á ser buena, según el viento...

Id á vuestro lugar y que cada cual ocupe el suyo.

Momentos despues, las ligeras ráfagas que habían asustado al oficial, soplaron más fuertes, más rápidas; el vaiven del buque se hizo violento; y las olas que se rizaban poco ántes jugueteando con la espuma, azotaron con violencia el navío...

Algunos pasajeros asustados llegaron sobre cubierta...

El aspecto del mar era imponente; el horizonte se envolvía en una ancha franja gris, que avanzaba con rapidez envolviendo al cielo.

El padre José llegó de los primeros al castillo de popa...

Nicolás, y el perro *Tigre*, de quien hemos olvidado hablar, le seguían. Es decir, la lealtad y la gratitud, que correspondían con una adhesión sin límites á la bondad y á la virtud.

El sacerdote estaba asustado é inquieto; sus hermosos ojos se fijaban con espanto en la nube que avanzaba.

—Capitan, dijo, ¿vamos á tener tempestad?

—Así parece, padre José, ¡así parece!

—¡Ah, Dios mio! ¿y el buque corre peligro!

—Segun sea ella, y segun Dios quiera mirarnos con misericordia... el marino, padre, no cuenta jamas con el porvenir, la hora presente es su vida; una ola, una ráfaga, un choque... y todo acabó.

Como si el viento quisiera confirmar las palabras del marino, una ráfaga que silbó con violencia entre las jarcias, arrastró consigo el palo de mesana, que cayó sobre la orla de babor con un ruido espantoso.

El capitan saltó hacia atras, y bajó con presteza á dar algunas órdenes.

El sacerdote y su amigo cayeron de rodillas.

El aspecto del cielo era sombrío, el de mar espantoso.

—Nicolas, dijo el padre José al cubano, si yo muero y tú te salvas, procura no alejarte de mí, para tomar dos pliegos que llevo en mi pecho; si Dios quiere que esto suceda, y llegas á España, los llevas al presidente de la Audiencia de Granada, ¿te has enterado, hijo mío?

—Sí, padre José, contestó con voz temblorosa Nicolas.

—¡Ahora, que se cumpla la voluntad de Dios!...

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

EL SECRETO DE UN CRÍMEN

PARTE TERCERA

CAPÍTULO PRIMERO

I

Las once acababan de sonar en el reloj de la Audiencia de Granada, en una mañana de Enero de este glorioso año de 1874, cuando un sacerdote joven, y tan pálido como si estuviese convaleciente de una grave enfermedad, llegó pidiendo hablar al Presidente.

—No sé si su excelencia habrá venido ya, dijo el portero con algo de más cortesía que acostumbraba, sin duda en consideración á la clase á que el demandante pertenecía, pero voy á saberlo.

Entró en el patio del edificio y llamó; un ugiar vino á saber que se le ofrecía.

—El señor presidente acaba de llegar, pero será muy difícil que ahora le pueda V. ver, dijo el ugier al saber de lo que se trataba, sin embargo, si quiere V. decirme su nombre y lo que desea...

—Mi nombre le es desconocido, pero puede V. decirle que un padre de la Compañía de Jesus, solicita hablarle para un asunto de la mayor importancia.

El ugier se alejó, y el padre comenzó á pasearse en silencio por aquel pórtico no muy confortable, pues el día era tan frío como lo son así todos los del invierno en la húmeda, y por lo mismo florida ciudad.

El portero ensayaba el medio de dirigirle una pregunta, cuando el ugier llegó.

—Sígame V., le dijo con laconismo.

El sacerdote no se lo hizo repetir, y subió con ligereza la escalera, hallándose pronto en presencia de un hombre, grave, sério, con un gesto sombrío que algunos adoptan porque suelen creer que les presta dignidad.

Aquel hombre era un magistrado; llevaba la severa toga, cuyas mangas se orlaban de blancos muges, distintivo de su dignidad, y el birrete negro estaba á su lado sobre una mesa.

Al ver el sacerdote se puso de pié como involuntariamente, hizo una seña al uqier para que se fuese cerrando la puerta.

El padre de la Compañía de Jesus, avanzó en silencio, se inclinó ligeramente, y preguntó con voz conmovida:

—¿Es al presidente de esta Audiencia al que tengo el honor de hablar?

—Al mismo, ¿qué deseais?

—Entregaros este pliego que he jurado á un moribundo poner en vuestras manos.

El magistrado le tomó, hizo una señal al sacerdote para que tomase asiento, sentóse él mismo, y rompió el sello que cerraba quel pliego.

Comenzó á leer, y á medida que leía, sus manos temblaban y se alteraba su rostro.

—¿Sabeis lo que este pliego contiene? preguntó al sacerdote.

—Creo adivinarlo, porque escuché la confesion de ese hombre.

—Sí, es la rehabilitacion, la justificacion de un desgraciado... ¡oh! asusta pensar lo que ese hombre ha sufrido. . y era inocente!...

—¿Pero ha muerto? preguntó con ansiedad el sacerdote.

—No, felizmente: la que era entonces reina de España, le indultó de la última pena, conmutándosela por la inmediata... por prision perpetua... Esto fué á ruegos de su madre... ¡que ya ha muerto!

—¡Dios mio!

—Es muy triste esto, pero si hubiésemos de creer á todo el que nos dice que es inocente, no habría un solo criminal... ¿a comprendereis padre, que la justicia humana tiene que fallar apoyándose en pruebas materiales... al hombre no le es dado leer en el alma de sus semejantes, es muy grave nuestro cargo, muy espinoso... ¡oh! me acuerdo perfectamente de esa causa, yo fuí el juez que le tomé la primera declaracion, era un jóven como vos, y la mujer muerta era tan hermosa!...

Los ojos del sacerdote se llenaron de lágrimas, y nada dijo.

—Vamos, tened la bondad de acompañarme, el caso es tan grave que es fuerza dar cuenta de él á mis compañeros.

II

El padre José, pues ya le habrán conocido nuestros lectores, seguía con una impaciencia y una angustia suprema, la deliberación de los magistrados.

Al fin oyó decir al presidente llamando á un ugier:

—Tomad esta órden y haced que os entreguen al preso que aquí se marca.

El ugier salió y el magistrado se volvió al sacerdote:

—Padre, le dijo, podeis ver si os agrada como vamos á cumplir con nuestro deber volviendo la libertad á ese desgraciado.

—Iba á rogarles que me permitiesen esperarle aquí... Tengo tambien otra mision que cumplir acerca de ese... caballero.

—Esperarle pues: es una gran dicha para nosotros el poder deshacer un error, error que, por otra parte, tenía todas las apariencias de la realidad.

—El crimen no olvida ningun detalle, dijo con pena el padre José.

—Pero los que juzgan de ese crimen, no pueden penetrar en sus misterios; su secreto queda inviolable.

—Teneis razon, los jueces cumplieron con su deber condenando... ¡Dios haya perdonado al que no cumplió con el suyo!...

III

Una hora escasa habría pasado, cuando el sacerdote se puso violentamente de pié, y los magistrados volvieron la cabeza con interes.

Un ugier había anunciado al presidiario Fermín Valdés, aquel gallardo teniente que conocimos al principio de esta historia.

Pero ¡nadie le hubiera reconocido!

Su cútiz tenía esa palidez mate que adquiere la piel cuando no siente el contacto del aire y la luz... sus ojos estaban apagados, su barba larga y negra le daba un aspecto extraño.

Adelantó lentamente, y saludó guardando silencio.

El padre José comprimió su pecho con las manos, temiendo exalar un grito.

¡Cómo se parecían aquellos dos hombres en su expresión de tristeza!

—Sentaos Valdés, dijo el presidente con embarazo.

—Gracias, murmuró el pobre presidiario, ¡podré saber lo que aún quiere el mundo de mí, de mí que casi he llegado á olvidarlo!...

—Quiero enmendar una injusticia, cometida de la mejor buena fe; quiero daros la libertad...

—¡La libertad!... á mí!...

—¡A un inocente no puede castigársele!

—¡Ah! la luz se ha hecho!...

¡Gracias Dios mío!... ¡Y puedo saber por qué se me cree hoy inocente?

—Tomad: esta declaración os lo dirá.

—¡Dadme, dadme! ¡voy á saber al fin quien fué su asesino!...

Tomó con manos temblorosas el pliego, y leyó una amplia declaración del coronel Guillermo Rojas, en que confesaba que él, y sólo él, había sido el asesino de Angeles Murillo; y después de ofrecer detalles que comprobaban la verdad del hecho, pedía perdón al que

había sido su amigo, y víctima de su crimen, suplicando á los jueces le devolviesen la libertad, si Dios le había conservado la vida.

Esta declaracion *in extremis*, estaba firmada por el declarante, y legalizada por un escribano, y tres testigos. La duda era imposible.

Valdés leyó con suma atencion aquellas líneas que eran su libertad, su honra, su vida, y pareció meditar.

—No, dijo de pronto, él no podía ser un asesino! él que era mi solo amigo! ¡Quién sabe si ha querido salvarme declarándose culpable... quién sabe si esta declaracion es una abnegacion sublime!...

—Las leyes no han previsto ese caso, y vos sabeis, por desgracia, que los tribunales de justicia juzgan de lo que ven... no puede darse el ejemplo de que una sentencia absuelve ó condena por una impresion concreta, por un presentimiento personal...

Desde el momento en que se nos muestra el verdadero culpable, vos, inocente del crimen de que estabais acusado, quedais en libertad.

El padre José adelantó con paso lento

hasta la mesa de la presidencia, estendió su mano, y dijo con voz solemne:

—Yo, como ministro de Dios, escuché la última confesion de D. Guillermo Rojas, y en nombre de Dios le absolví de sus culpas. Él me autorizó solemne y expresamente para publicar la verdad de tan terrible suceso, y desvanecer ante los jueces y ante el mundo toda sospecha que pudiera recaer sobre su culpabilidad, como sobre la inocencia de don Fermin Valdés.

Yo pues, en cumplimiento de mi deber y en nombre de Dios declaro que es verdadera la declaracion de Rojas; en nombre de Dios protesto que he dicho la verdad.

Fermin Valdés, al oir aquella voz levantó vivamente la cabeza, que tenia oculta en sus manos, y dió dos pasos hacia el jóven jesuita al cual no había visto ántes.

—¿Cómo os llamais?... le preguntó con trémula voz...

—José de Jesus, contestó dulcemente el sacerdote.

—¡Ah! ¡perdonad! ¡os pareceis tanto á una persona á quien yo he amado mucho!...

—Fermin Valdés, dijo el presidente de la Audiencia levantándose y tocando ligera-

mente el birrete con su mano derecha, desde este momento quedais en libertad, y para compensaros en lo posible lo que habeis sufrido, el tribunal se encarga de hacer saber al ministro de la guerra vuestra inocencia, para que él obre en justicia!

Y haciendo con la mano una ligera señal, dió á entender que el asunto había terminado.

IV

Lo inesperado ejerce una presion sobre todos nuestros sentidos, especie de sueño moral, que entorpece la accion de las ideas.

Cuando Fermin salió, miraba á todas partes con asombro, vacilaba, parecía ebrio.

—¿Quereis apoyaros en mi brazo? le dijo el padre José con ternura, tengo cerca un coche, y os llevará á mi casa.

—Acepto vuestra oferta, no sé adonde ir; ¡á nadie conozco ya!...

El padre José le condujo en silencio fuera de la Audiencia, despertando á su paso no

poca curiosidad y asombro en los ugieres y porteros; le hizo subir á un coche que, en efecto, le esperaba, y le llevó á su modesta habitacion.

Cuando entraron en ella, el jesuita se detuvo, sacó de su pecho un grueso pliego cerrado, y lo presentó á Valdés:

—El hombre que ha sido vuestro enemigo, me ha dado al morir la comision de entregaros estos documentos; podeis leerlos; estais en vuestra casa!...

Y dejando los papeles en manos de Fermín, salió del aposento cerrando tras sí la puerta.

CAPÍTULO II

I

Fermin Valdés, el hombre honrado y digno que había llevado veinte y nueve años el grillete de presidiario; que había visto asesinada á su esposa, y había sabido la muerte de su madre y la desaparición de su hijo, sin poder, encadenado por la ley, ni recoger el suspiro postrero de la una, ni buscar para protegerle al otro, parecía anonadado bajo el peso del descubrimiento imprevisto á que debía su libertad.

¡Le aterraba tanta infamia!...

Casi podría asegurarse que no la comprendía.

Abrió con mano convulsa el pliego, y varios papeles cayeron al suelo.

Los recogió, y fué mirándoles uno por uno.

Allí estaba, legalizada en toda regla, la fe de bautismo de Angel Valdés y Murillo,

hijo de Fermin y Angeles, cuyo casamiento constaba igualmente en otro documento, ambos de fecha de 1845.

En otro más reciente, fechado en Cuba, el reconocimiento legal de Angel Valdés, hecho por su padrino D. Guillermo de Rojas, el cual le instituía por heredero universal de su fortuna, no teniendo, como no tenía, familia, y deseando que los pobres tuviesen en el jóven Valdés un protector constante.

Despues una carta, escrita por una mano trémula y dirigida al mismo Fermin.

Hé aquí su contenido:

«Mi corazon me dice que no has muerto, y que podrás leer estas líneas escritas por una mano que ya entorpece la muerte, para demandarte perdon.

He sido infame y cruel para tí, pero Dios ha querido que encuentre á tu hijo, y que repare, en lo posible lo inmenso de mi falta.

Le he reconocido por su parecido con su madre; por las señales indelebles que yo marqué en su cuello, y por el relicario que guarda.

¡Su nombre es bendito por todos los labios!...

¡Dichoso el que puede llamarse su padre!...

¡Por él, por su amor, perdóname!

¡Tu piedad y su bendición me alcanzarán la misericordia de Dios!...

Guillermo Rojas»

—¡Mi hijo! exclamó Fermin con un transporte inesplicable, ¡vive mi hijo! ¡Mi Angel!
¡Oh! ¡y dónde está!...

Se levantó y dió algunos pasos; la puerta se abrió en silencio y apareció el joven sacerdote.

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? le preguntó Fermin.

El padre José quiso contenerse, pero no pudo, dió un grito y se arrojó en los brazos de Valdés.

—¡Padre! murmuró.

.

II

Hemos querido explicar de algun modo la emocion de estos dos hombres, y nos ha sido imposible.

En la palabra humana no puede encerrarse el sentimiento divino: Dios no lo quiere!...

Dios que á todo lo que es grande como su esencia, como su ser, lo rodea del misterio!...

Cuando la primera explosion de caricias y de lágrimas se hubo calmado, Fermin preguntó á su hijo:

—¿Cómo es que llevas otro nombre, y por qué eres sacerdote, hijo mio?

Yo no he sabido hasta la muerte del coronel Rojas quienes eran mis padres.

—¡Cómo! ¡Ah! ¡hijo mio! cuéntame toda tu vida, hora por hora, yo quiero saberlo todo, quién ha cuidado de tí, dónde has crecido tú... Angel, Angel mio de mi alma, ¡cómo te pareces á tú madre!... á tu hermosa y santa madre asesinada por ese infame cobarde!...

—Padre mio, voy á contaros mi historia que es tan sencilla como la de un ave... que por primera vez ha dejado su nido!

CAPÍTULO III

I

—Yo he crecido en la Isla de Cuba, dijo el padre José comenzando su narracion, y debí ser trasladado allí muy niño, porque no me acordaba de otros séres ni de otros países.

El matrimonio que cuidaba de mí, y me llamaba su hijo, era una pareja sencilla, honrada y buena.

Pertenecían al pueblo, á esa clase social que trabaja para vivir, y que ignora los vicios y las miserias que corroen á las demas clases.

Él se llamaba José, ella María, y ambos, que me amaban mucho, me enseñaron desde que pude comprenderles las máximas más puras de virtud y caridad.

Cuando contaba yo diez años, murió José, y su pobre viuda consagró á mí su vida entera...

¡Jamás podré olvidar sus cuidados, su

ternura, sus consejos que formaron mi corazón!...

Desde que supe pensar, padre mío, dijo en tanto que estrechaba en las suyas las manos de Valdés, he tenido un horror instintivo hacia el mal...

Yo sentía la necesidad de practicar la caridad y la humildad, yo sentía caer sobre mi alma el llanto de la humanidad; hallaba el dolor por todas partes, y huía de esos centros hacia los cuales convergen todos los malos deseos, todas las viles pasiones.

Mi buena madre, pues así la llamaba yo, halagaba mi idea de ser sacerdote, era toda su alegría.

Estudié con ardor, pues quería instruirme para ennoblecerme, y la pobre María, cada vez que me veía llegar con un premio, recompensa de mi aplicación, decía moviendo la cabeza con pena:

—¡Dios mío! Va á ser un sabio, y yo no quiero eso, yo quiero que sea humilde y que por su virtud alcance el perdón del otro desgraciado. —

Yo entónces no comprendía ésto, pero no tardé en saber su misterioso sentido.

La santa mujer que me había educado, y

que, ya viuda, había trabajado para que á mí nada me faltase, cayó gravemente enferma el mismo día en que tuvo la dicha inefable de verme celebrar por primera vez el santo sacrificio de la misa.

Me llamó junto á su lecho de muerte y, me dijo:

—Hijo mío, Dios me es testigo de que quisiera evitarte la pena que mis palabras te van á causar; pero, al decirlas, cumplo con un deber sagrado.

Hijo mío, yo no soy tu madre; aunque Dios sabe que como á un hijo te quiero...

Yo vivía en España, en una ciudad de Andalucía, cuando tuve la inmensa pena de perder á mi hijo único, mi José, de algunos meses de edad.

Un caballero vino á buscarnos para que me encargase de lactar á un niño que acababa de nacer...

Éramos pobres, y ademas yo no queria dejar secarse el manantial que Dios había puesto en mi seno, que podía dar vida á una criatura, y acepté... aquel niño eras tú. —

Yo la oía conmovido y aterrado.

—Poco tiempo despues, continuó ella, sucedió una cosa horrible... tú no tenías ya

padres, hijo mío, y el caballero que te nos entregó, y que nos contó la catástrofe que te dejaba huérfano, nos daba un miedo tan grande, que, por no entregarte á él, cometimos una mala acción, ¡que Dios nos perdone!... Huimos contigo, y no creyéndonos seguros allí donde estaba él, cruzamos los mares y nos fijamos aquí... desde entonces te dimos el nombre de nuestro hijo, y como tal te quisimos, pero tu nombre no es ese... tu nombre es...

—¿Cuál? le pregunté yo con ansiedad.

—Es, es, murmuró como si intentase recordarlo, ¡Dios mío, lo he olvidado!...

—¡Madre, por Dios, decidme mi nombre, el nombre de mis padres!...

—Hijo, hijo mío, perdon... murmuró con voz ahogada, reclinó su cabeza en mi pecho, y espiró...

¡Se llevaba consigo mi secreto!

II

—¡Dios sabe, padre, cuanto pensé yo en aquellas misteriosas palabras!... continuó el padre José. Llegué á creer que había sido un

delirio de mi buena madre, y me consagré con ardor á la caridad, la más pura de las virtudes...

He dedicado algunos años de mi vida á consolar la desgracia, á socorrer la miseria... aquellos que he llamado mis padres, y que recordaré siempre con ternura, me habían dejado al morir un pequeño capital, que facilitaba mucho mi ardiente deseo de velar por los desgraciados.

La guerra les asola y ensangrienta aquellos hermosos campos; yo buscaba á los heridos para curarles, á los muertos para darles sepultura...

Dios sin duda guiaba mis pasos, para que, practicando el bien, hallase vuestra libertad y mi nombre...

¡Dios es bueno y justo, padre mío, y debemos bendecir sus misteriosos designios que siempre nos guían á la dicha!...

En un bosque de mi patria, perdonad, yo la he creído siempre mía, encontré herido al coronel Rojas...

Le asistí, y oyendo su confesion, conocí el crimen que él mismo ha revelado, y me dí á conocer á él...

¡Ah, padre! la muerte de ese hombre, su

cruel agonía, su deseo de alcanzar vuestro perdón...

—¡Jamás! interrumpió Valdés.

—Todo el martirio que él sufrió, era un castigo terrible, y yo, en vuestro nombre, le perdoné.

—¡Imposible! Yo no puedo perdonar al que asesinó á tu madre; al que me ha tenido veinte y nueve años sujeto á la cadena del presidiario; al que empañó el honor de mi nombre; al que te alejó de mí: al que causó la muerte de mi madre, de tu noble abuela; y la locura y la muerte de la otra abuela, de la madre de Angeles.

III

El sacerdote miraba con pena á su padre, en tanto que se expresaba así... su alma bendita y pura no comprendía el odio... creía que el perdón no es un esfuerzo de la voluntad y la virtud, sino la ley natural del corazón, que no puede, por lo mismo que juzga infame la ofensa que ha recibido, de-

volver aquella infamia, sino deshacerla por la generosidad.

—Dios nos manda perdonar, murmuró suavemente.

—Dios, juzga severamente al culpable y premia al bueno, dijo Valdés, no pidas al corazón del hombre más indulgencia que la del Ser Supremo.

—El arrepentimiento borra la culpa.

—Y quién te dice que ese hombre, á no sentirse herido de muerte, se hubiera arrepentido...

—¡Oh padre! ¡Quién sabe!...

—Sigue, hijo mio tu historia, y no hablemos de eso.

—Poco tengo ya que decir, padre; ese desgraciado me contó toda su historia de odio y miserias... me habló de vos, de vuestro hijo... me reconoció, y entonces puso en mis manos los documentos que podían probar mi identidad, y el que os declaraba inocente... esto sucedió en Junio del pasado año.

—¡Cómo! ¿Y has estado seis meses sin venir á salvarme? dijo Fermín con amargura.

—¡Padre!... ¡no merezco esa reconven-
cion! Seis dias despues de morir el coronel,

y en el primer vapor que salía para la Península, me embarqué ..

—¿Y bien?

—A la mitad de la travesía una horrible tempestad envolvió el buque... ¡ah Dios mio! ¡No creo que un hombre pueda sufrir jamás tanto como yo sufrí entonces!... Sentía á la muerte cernerse sobre mí, sobre mí, que llevaba conmigo las pruebas de vuestra inocencia!

Si yo moría, continuó en tanto que secaba algunas lágrimas que brotaban en sus ojos, aquel secreto moría conmigo, vos no podiais recibir jamás el consuelo de veros justificado... era vuestra libertad, vuestra honra, lo que yo tenía miedo de perder, más que la vida!...

¡Qué horas de angustia, padre mio!

Yo, de rodillas en la cubierta del buque, invocaba á Dios que permitiese salvaros, aunque fuese luego su voluntad tomar mi vida.

La cartera que contenía mis preciosos papeles, estaba conmigo, envuelta en mi pecho.

A mi lado había un hombre bravo y leal, un cubano que, agradecido á algunos ligeros

favores que pude hacer á su padre, y habiendo muerto éste, quiso unirse conmigo...

¡Ah, padre mio! ¡cómo Dios hace que la más pequeña caridad de nuestra parte sea el grano de trigo que produce espigas de amor y de consuelo!

¡Cómo se nos recompensa en la tierra una buena obra!...

El hombre ve y toca el premio que la misericordia divina guarda al que practica las virtudes.

Queriendo aliviar y ayudar á mis semejantes hallé vuestra libertad, consolando y acompañando á un pobre anciano, hallé mi vida!

Nicolás que me acompañó á España por cumplir conmigo una deuda de gratitud, me salvó.

—¿Cómo, hijo mio?

—Ya os he dicho que estaba junto á mí, de rodillas sobre la cubierta del navío.

La tempestad había ocultado el sol y el cielo; torrentes de agua se mezclaban á los torrentes de espuma que alzaban las olas: el viento empujaba al buque cual si fuese una ligera arista y los relámpagos que iluminaban á momentos aquel cuadro espantoso,

no mostraban en derredor nuestro más que abismos de espuma.

Una ráfaga violenta inclinó al barco como si fuera á sumergirlo; la ola que avanzaba, salvó la orla del buque y entró en él.

Me sentí arrastrar, y luego padre mío, cuando me abandonaban las fuerzas, una mano poderosa me sostuvo con *vigor*.

No sé lo que sucedió despues... me hallé en una lancha... Nicolas estaba á mi lado... sus ropas, como las mias estaban empapadas de agua...

—Pardies, padre José, me dijo besándome la mano, por poco nos vamos con los peces, que no hubieran tenido mal banquete.

—¿Qué ha sucedido? le pregunté sintiendo mis ideas confusas.

—¡Casi nada!... La ola os declaró buena presa y se quedó con vos... pero afortunadamente yo estaba allí; yo, que nado como un pez... me lancé detras, os sostuve cuando ibais á sumergiros, grité, me agité, nos vieron al fin: y nos arrojaron esta lancha... pero ahora hay otra cosa más seria ..

—¿Qué hay?

—La barquilla, arrastrada por el viento, nos ha llevado muy léjos del vapor; sin duda

la han creído perdida... Nada se vé... la noche va á llegar, y aunque la tempestad pasó, nuestra situación no es muy buena.

—Dios nos amparará.

—Así lo espero... ¿Padre José, quereis ver si se han perdido aquellos papeles?...

Llevé la mano á mi pecho precipitadamente, y respiré con alegría.

—Están aquí, dije.

—Gracias á Dios, tenía miedo de que hubiesen ido al mar.

IV

—Pasamos la noche en una angustia creciente.

La lancha flotaba al azar, no teníamos remos para impulsarla, y además, ¿á dónde ir?

Las ropas mojadas nos pesaban de una manera horrible, y yo notaba que la voz de Nicolas se debilitaba por grados.

—¿Qué tienes? le pregunté.

—Nada, padre, no hay que alarmarse...

me herí un poco en la cabeza al arrojarme al mar, pues la ola me echó hacia el buque, y la sangre sale poco á poco; pero eso no será nada...

—¡Dios mío! ¡cómo no lo has dicho! le dije yo.

Busqué en la oscuridad aquella herida y la vendé como pude con mis pañuelos mojados...

En fin, al amanecer un buque que hacía la travesía á Inglaterra, nos recogió á bordo.

El pobre Nicolas había perdido mucha sangre, tenía fiebre...

Cuando llegamos á Lóndres él estaba gravemente enfermo, y ha estado casi, entre la vida y la muerte durante mucho tiempo.

Yo no podía abandonar solo, enfermo, y en una tierra extranjera, al que por mí dejaba su patria, y por salvarme arriesgaba su vida...

Pero ¡cuanto he sufrido, Dios mío, cómo pesaban sobre mí alma los días que pasaban, qué duracion tenían las horas!...

Al fin, el pobre Nicolas estuvo bueno y nos venimos á España: anoche llegué á Granada, ya veis que no he perdido el tiempo.

V

Fermin Valdés abrazó á su hijo... estaba orgulloso de él.

Era el jóven de alma pura, de corazon generoso, de pensamiento elevado.

El niño á quien la florescencia de la juventud no ha arrancado el perfume de la inocencia, de la sencillez, de la bondad.

¡Y hoy es tan raro encontrar un hombre así!...

Hoy se hace en los desengaños aprendidos, no sabemos dónde; la esperiencia es una ciencia infusa, inoculada, como la viruela, para preservativo de la epidemia *buenafé*: el hombre se erige *motu proprio* en un diosillo al cual no está vedado nada, y, acostumbrándose á hacer gala de indiferencia y desprecio hacia todo lo que es respetable, llega á perder, en efecto, todo lo que de noble y puro se encerraba en su alma.

Si todos esos pequeños Voltaires nos dejasen un tratadito que nos ilustrara acerca sus dudas, ya que no de su fe...

¡Qué divertida sería la tal compilación!...

Porque, en realidad, si no fuera tan triste, sería muy cómico el ver la vanidad juzgándose á sí misma!...

El análisis del pensamiento de uno de esos jóvenes, *gala de la época*, si es que el vacío puede analizarse, sería una operación de las más curiosas que podrían confiarse á la química...

¡Cuánto por cierto daría la apariencia sobre la verdad!...

Porque ellos no son tan malos como se empeñan en parecerlo...

Es que, arrastrados por la vanidad, quieren hacer creer que no hay ternura en su alma, ni candor en su pensamiento... quieren ocultar la fe de la inocencia, que es la luz de la vida, quieren aparecer escépticos, para no aparecer sencillos!...

¡Como si los sentimientos de la vida, cual los frutos de la tierra, no tuviesen de antemano marcada su época!...

El botánico presta á veces á la planta una vida artificial condensando sobre ella la atmósfera, encerrada en una campana de vidrio... pero esa vida es fugaz, la planta muere...

El hombre no puede obrar así con su razón sin extinguir cuanto de noble hay en ella.

Los sentimientos tienen un lento desarrollo, al precipitarlo se gastarían sin haber producido nada útil.

No, el ser humano no puede crear *en la nada* así como Dios creó *de la nada*, y para que su inteligencia y su corazón aunándose se faciliten la una su luz, el otro sus sensaciones, para guiar una vida que deja en pos una estola de glorias ó virtudes, es preciso guardar cuidadosamente los primeros gérmenes del sentimiento depositados en nuestra alma, porque, si ellos se evaporan, si el vacío se hace... es inútil pensar en que la ciencia puede llenarlo, la ciencia enseña, pero no siente, y para que una obra encierre un reflejo de inspiración divina, ya sea esta obra moral ó material, se necesita que su artífice no sólo sepa juzgar, sino que sepa sentir...

VI

Perdon, lector, nos habíamos olvidado de nuestra historia.

La manía de razonar es una antigualla, según el *espíritu* moderno, que no podemos desechar.

—¿Dónde está ese hombre que te salvó? yo quiero verlo, mi querido Angel, dijo Fermín á su hijo.

—Vais á conocerlo ahora mismo, contestó el jesuita llamando.

Nicolas apareció.

Estaba más pálido y más delgado que le vimos, pero risueño siempre.

—Nicolas, dijo el padre José, mi padre quiere conocerte...

—¡Su padre!...

—Sí, amigo mío, una traición le ha tenido encarcelado, y á mí léjos de él, pero Dios me lo devuelve.

Nicolas sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y para ocultar su emoción se arrojó sin ceremonia en los brazos de Fermín!

CAPÍTULO IV

I

Un mes despues, el padre y el hijo paseaban juntos en el jardin de una bella quinta de Aragon, propiedad de Fermin Valdés, que había recobrado el pequeño capital que le pertenecía y que uno de sus parientes había administrado durante su prision.

La aventura de Rojas y la libertad de Valdés fueron en breve conocidas, y el nombre de éste pasó de boca en boca...

Pero él no queria recibir una ovacion de los mismos que le habían condenado, y salió de Granada para su valle natal, buyendo de la sociedad que tan larga y terrible leccion le había dado, y consagrándose por completo á su hijo.

Este que, como en Cuba, consagraba su vida á la caridad y á la piedad y tenía muchas ocasiones de ejercerla, pues, aquí como allí, los hombres, se matan, sostenía este día con su padre una gran discusion.

—Imposible, Angel, decía Fermin, tú no puedes admitir la fortuna de ese hombre que mató á tu madre.

—Padre mío, no es para mí el legado, es para los pobres; yo seré un mero administrador.

—Jamás consentiré.

—Padre, por Dios, pensad en cuántas lágrimas pueden secarse con ella, cuántos dolores se calmarán, cuántas miserias serán estinguídas... el hombre no puede rehusar una misión de amor y caridad que por voluntad de Dios le ha sido confiada; además, acaso esas limosnas que repartirá mi mano le alcancen el perdón de Dios, ya que vos le negais el vuestro...

—¡Siempre!... Yo te ruego Angel que no me hables de ese hombre!...

—Es preciso, padre mío, entre vos y yo se abra ese recuerdo; Dios quiere que perdonemos á nuestros enemigos, para perdonarnos él... yo os lo ruego, dijo el joven sacerdote cayendo de rodillas y asiendo las manos de su padre... perdonadle por mí, y jamás volveré á pronunciar su nombre delante de vos.

—No, dijo Fermin con voz ronca sepa-

rando su vista de su hijo, era el asesino de tu madre!...

—Pues bien, por mi madre, continuó el padre Angel, pues llevaba ya su verdadero nombre, por su adorada memoria, perdónadle... él os hizo mucho daño, pero ha muerto ya, ante la muerte se detiene la venganza y el odio... él os ha devuelto la libertad y mi amor!...

—¡Pero no ha podido devolverme á mi esposa!...

—Mi madre, dijo Angel con voz inspirada, os ruega conmigo que le perdoneis!... cómo quereis ir con ella á esa gloria que Dios guarda á los buenos, si teneis el rencor en el alma!...

Fermin dudó; sus manos temblaron y su vista se alzó al cielo.

—Hijo mío, dijo, has vencido: por la santa memoria de tu madre que has evocado y por tu amor, que es la dicha de mi vida, yo perdono de todo corazón al asesino! ¡Qué Dios le haya perdonado también, y que descanse en paz!!

¡El sacerdote se arrojó llorando en brazos de su padre!...

Nicolas el Cubano que presenciaba esta

escena oculto tras la sombra de los árboles, murmuró limpiando sus ojos, que las lágrimas empañaban:

— ¡Es un santo!...

Y el perro *Tigre*, como si comprendiese la virtud de su amo, fué á saltar al rēdedor de él ladrando de alegría.

El padre y el hijo siguieron su paseo... ambos lloraban!...

Pero el cielo bendice el llanto que arranca la caridad!...

FIN DE LA NOVELA.